

# Viaje a Navarra durante la insurrección de los Vascos (1830-1835)

---

Por J. Agustín Chaho

---

Traducido por « MARTIN DE ANGUIOZAR »

---

(Continuación)

VII

## LOS PIRINEOS

A pesar de la vigilancia de la policía y los centinelas apostados en las avenidas de la frontera de España, la irregularidad de las colinas de Laburdi y la multitud de senderos que las cruzan, hacen fácil el paso, sobre todo de noche; y diez mil guardias con ojos de lince no bastarían para cerrar las salidas que los guías saben trazarse. Los contrabandistas se encargan de pasar los caballos y, mediante cien o doscientos francos de recompensa, responden del valor de los animales que se les confien. El cumplimiento de lo tratado les cuesta a veces la vida; más de un hachero laburdino ha caído moribundo entre barrancos, herido sobre su montura a galope por la bala del aduanero o de un pantalón-rojo.

Llegado sin misterio a Bayona, provisto de pasaporte en regla, me hubiera sido fácil atravesar Laburdi bajo pretexto de visitar a algunos amigos, pudiendo así acercarme a la frontera y alcanzar furtivamente el territorio español. Prefería hacer de noche ese trayecto en compañía de contrabandistas, ganando con ello el placer, de algunas observaciones y el de evitar las brutalidades de la policía francesa. La rapidez de nuestra marcha no me permitió obtener

un caballo y proyecté comprar uno en cuanto llegara al teatro de la insurrección. A mi entrada en Lesaca cambié mi bastón ferrado por un pequeño látigo y me quité las espuelas esperando hacer la adquisición que me proponía de un rocinante, sin sospechar que a más de quince leguas a la redonda me sería imposible encontrar uno que pudiera servirme. Todos los caballos que no habían sido cogidos para montar la caballería o los oficiales del ejército insurrecto, eran pequeños como cabras; una silla y una brida eran objetos no menos raros. Lo supe a costa mía cuando me fué preciso, imitando a los arrieros, sentarme en las altas albardas de sus mulos, para recorrer de ese modo los senderos más escarpados, balanceado como una: pagoda sobre los precipicios.

Me prestaba yo alegremente a este modo de viajar. El aire vivo y puro de los montes me quitó la impresión febril que el soplo devorador de la gran ciudad de París hace sentir a la larga. Sentía renacer en mí nuevas fuerzas, y la actividad física reposaba a mi pensamiento fortaleciendo el alma en las fuentes de una vida fresca y poderosa. No me hubiera costado nada hacer a pie mis excursiones. El boticario, mi excelente amigo, me aconsejó que tomara provisionalmente uno de esos caballitos de la montaña, y consiguió procurarme uno, vivo, robusto y muy bonito; desgraciadamente, no llevaba sino albarda en vez de silla, y por brida un ronزال; la espuela, que sentía por primera vez, le hacía brincar como una gamuza.

Salimos de Lesaca el jueves 26 de marzo, después de haber esperado en vano hasta el mediodía noticias de la Junta de Navarra. Por esta época residía en Leiza o en alguna de las aldeas de los alrededores, protegida por el quinto, séptimo y noveno batallones de Navarra, mandados por el coronel Elio y por el intrépido Sagastibelza. Nuestros bardos espontáneos comparaban este último jefe al gavilán que se percha en la cima de una roca salvaje dispuesto a caer sobre toda presa que se pusiera al alcance de sus miradas penetrantes. Son muy altas las montañas que debíamos cruzar; pertenecen a la cadena central de los, Pirineos y forman como un arco cuya cuerda fuera la gran carretera de Pamplona a Tolosa. Entre estos dos pueblos, a diez leguas del primero y tres del segundo, se eleva Lecumberri sobre el camino real, dominado por algunos villorrios, de los cuales el más considerable es Leiza. Nuestro itinerario a través de los montes, se dirigía hacia ese último lugar pasando por Goizueta, que se esconde a medio camino en garganta profunda.

El boticario montaba un caballo joven y hermoso; un cordón

encarnado retenía en sus espaldas enorme estuche de *catalejo*, que no abandona jamás en sus marchas a los oficiales montaraces. Cuatro voluntarios componían nuestra escolta, armados hasta los dientes; otros dos, de los más ágiles, formaban la vanguardia y nos precedían de bastante lejos, corriendo de altura en altura hasta perder aliento, para despejar nuestro camino, al cual bajaban rara vez. He anotado el placer con que todos nuestros voluntarios desempeñaban este fatigoso cometido; el Vasco lleva en sí al nacer el amor hacia los combates, y es imposible llevar más lejos que él el menosprecio hacia la muerte y el fatalismo, pudiendo afirmarse que el hombre de monte consentiría con gusto vivir todo el año en *guerrilla* a no ser por la necesidad de cultivar la tierra de la cual obtiene su subsistencia.

El propietario del caballito que yo montaba, nos acompañó para cuidarlo; no llevaba otras armas que un hacha y su puñal. Este bravo aldeano, padre de familia, era completamente sordo a los cuarenta años, y obtenía con cierta extraña felicidad, por medio de signos, en el juego de los labios y en la expresión de la cara; el conocimiento de las palabras que le dirigíamos en lengua vasca. Los hombres de los montes euskaros constituyen, creo yo, el único pueblo del Occidente en cuyo seno se hayan observado sordos de nacimiento que hablan. Este fenómeno, que se reproduce entre los Vascos más de sesenta siglos después de la creación de su idioma *euskara*, demuestra la expresividad natural y la magia viva de ese verbo primitivo. En los pueblos que tienen dialectos mezclados y bárbaros, los sordos de nacimiento permanecen mudos durante toda su vida, aunque a menudo los órganos de su voz estén bien desarrollados y sean perfectos. El juego labial y fisionómico de las personas a quienes ellos ven hablar, no hallándose jamás en relación exacta con las impresiones naturales y el sentido íntimo del sordo, no puede éste adivinar la inteligencia de tales muecas convencionales, y el valor expresivo de las inflexiones de la voz, así como la sonoridad significativa de la palabra, son misterios que vienen a ser para él imposibles de sospechar o de concebir.

Dí cuenta de mis reflexiones al boticario, y nuestra charla duró sin cesar tanto tiempo cuanto el camino nos permitió marchar de frente, hasta que insensiblemente la pendiente de los montes se hizo tan rápida y los senderos tan estrechos y rocosos, que nos vimos obligados a separarnos. Ibamos el uno tras el otro, guardando cierta distancia para evitar el arrastrarnos mutuamente en las caídas que nos hallábamos expuestos a hacer. El camino pasaba rara vez sobre

las cimas de las colinas; se dirigía generalmente a lo largo de sus flancos escarpados, levantando sobre nuestras cabezas grupos de árboles y peñas, mientras que los torrentes roncaban a nuestros pies por los barrancos. Tan pronto el sendero trazaba sus contorneos sobre terreno húmedo y resbaladizo, como era interceptado por raíces entrelazadas de algún roble milenario y cortado lo más frecuentemente sobre peña viva, presentando asperezas y desigualdades que debíamos salvar. Mi caballito avanzaba resueltamente con paso ágil y seguro, llevando la cabeza baja y olfateando su camino entre miradas que a veces hacían presumir inteligencia y meditación. En los pasajes difíciles relinchaba con fuerza, como en señal de inquietud, vacilaba, se alargaba como una serpiente y, después, eligiendo y determinándose, brincaba a través de los obstáculos como para probar la precisión de su golpe de vista así como la fuerza y elasticidad de sus riñones. Me inspiró tal confianza y seguridad, que abandoné la dirección del cabestro o ronzal y me agarré a la albarda en que me sentaba para no ocuparme sino de las magnificencias del paisaje y del rico cuadro de montañas iluminado por un hermoso día.

Los Pirineos separan la Península Hispánica de la antigua Galia, comarcas ambas que llevaban primitivamente el nombre de Iberia; una línea dirigida por las cumbres de los montes siguiendo la caída de las vertientes y la división de las aguas, forma los puntos actuales de esta división, que no está de ningún modo trazada regularmente si se tiene en cuenta que las cimas más elevadas de los Pirineos no pertenecen a su cresta central y se derivan frecuentemente de ramificaciones vecinas y de cordilleras paralelas o laterales. En los Pirineos orientales, los picos de Ossau, de Bigorre, de San Bartolomé, la Roca Blanca, el Canigou, se adelantan hacia el llano francés, donde su pirámide aparece más alta y grandiosa por su aislamiento; la Maladetta, la Punta de Lardana, el Monte Perdido, penetran muy adelante en el territorio español; la línea de fronteras que se dirige por los puntos, menos elevados del centro, ofrece en consecuencia desviaciones e irregularidades. En los Pirineos, occidentales los valles del Bidaso, del Baztán, y una parte del de Luzaide, corresponden al país vasco español, aunque situados sobre la vertiente septentrional (20).

---

(20) Sigue media página dedicada al Cartulario de Arsius, que la investigación histórica reconoció como apócrifo después de la desaparición de nuestro escritor (N. del T.).

«Los Pirineos comienzan en el Ebro y terminan en el Adur», decían a los Romanos los antiguos Vascos. Aferrados a sus rocas, siguiendo la expresión pintoresca de Florus, los Euskarianos creían formar parte integrante de él, no concibiendo que, aparte la identidad perfecta de origen, idioma, costumbres y leyes, la circunstancia de habitar al norte o al mediodía de un monte fuera suficiente para separar políticamente a poblaciones que se tocan y se confunden en la intersección de los valles. Fundamentados en ese principio y en el derecho histórico, tal vez algún día los Vascos intenten recobrar la unidad nacional, si malas inspiraciones no vienen a contradecir la voz de la justicia y de la sana política. La interposición de un pequeño pueblo libre previene las luchas que la vecindad de grandes naciones es capaz de hacer nacer.

El primer beneficio de esa unión sería poner término a las peleas que la fijación de límites o su desplazamiento han hecho nacer entre los Vascos de los dos reinos fomentando nuevos derechos contra usos antiguos. Los gobiernos de Francia y España se han impuesto siempre el alimentar las querellas de los montañeses y, muy a menudo, el instinto guerrero de los Vascos, unido a la impetuosidad de su carácter, les ha hecho víctimas de esa odiosa política; con demasiada frecuencia fueron desconocidos los lazos sagrados de su parentesco nacional, y ultrajados los gloriosos recuerdos de la federación de nuestros antepasados. Los Vascos Suletinos se vanaglorían aun hoy de la matanza de los Navarros del Roncal, y las rocas de nuestra frontera, testigos de tal ceguera rabiosa, conservan grotescas inscripciones grabadas por el hacha de los vencedores.

Los Pirineos orientales terminan hacia el pico de Maubermé, en el valle del Garona, donde ese hermoso río toma su nacimiento. La cadena occidental adquiere su mayor elevación en el punto de arranque; entre los valles de Aran y de Ossau. El pico de Ainie domina esos valles pintorescos, habitados por poblaciones de bella y valiente raza que pudiera fácilmente confundirse con los Vascos si su dialecto bearnés o romance no los acercara a los Gascones. Los Navarros y los Suletinos llaman *Ahuñemendi* al pico de Ainie, Montaña del Cabrito, denominación que aplican a toda la cordillera pirenaica (según Charpentier, «Essai sur la constitution géognostique des Pyrénées») y cuyo origen no he podido descubrir.

*Ahuñemendi* no tiene sino mil doscientas toesas (21) de eleva-

---

(21) Antigua medida francesa de longitud, equivalente a 1 metro y 949 milímetros (N. del T.).

ción sobre el nivel del mar y conserva durante todo el año su túnica de nieve, aunque las observaciones barométricas de Ramond hayan fijado a mil cuatrocientas toesas la altura de las nieves perpetuas en los Pirineos para las cimas vueltas hacia el norte. Rocas erizadas forman su diadema y defienden la entrada de sus ventisqueros. La imaginación de los bardos euskaros ha hecho de esta altura inaccesible la residencia encantada de hadas y genios («lamina»). Allí brilla un cielo constantemente sereno, vivificando con su rocío la verdura y las flores mantenidas entre rientes boscajes por una eterna primavera; allí conciertos aéreos, cantos joviales, danzas ligeras, mientras los vientos silban en lo profundo de los collados y los espíritus malignos, llevados sobre el ala de las grullas, vagan errantes dando alaridos a lo largo de las colinas y a través la espesa niebla de donde la nieve se suelta en copos. ¿Veis brillar la cima de *Ahúñemendi* y cómo sus macizos plateados toman del sol reflejos deslumbradores? No es un ventisquero cuyas claridades atraen vuestras miradas, sino el palacio encantado de *Maitayarry*, la más joven y seductora de los genios ibéricos. Un cinto mágico oprime el esbelto talle de la hada joven y fija los pliegues de su vestido azul tachonado de estrellas; un aro diamantino sujeta su cabellera rubia y chispea en su frente con menos brillo que el fuego divino de sus ojos azules; lanza de plata arma su delicado brazo; un ciervo ágil es su corcel. Cierta día de verano, Maitagarri, (nombre que en lengua vasca significa *amable, adorable*), se aventuró por un bosquecillo sombrío y frondoso para saciar a su rápido ciervo en la onda fresca de un arroyo límpido y rumoroso. El bello *Luzaide*, tendido a la orilla, dormía profundamente. La sorpresa de la virgen igualó a su turbación ante la vista del joven montañés, derramó sobre él miradas en que se pintaba el amor, y el encanto que la cautivaba, actuando con rapidez, entregó pronto su alma al delirio ciego, a la embriaguez sin freno. que caracterizan a esa pasión. Temblorosa, loca, corrió a buscar lianas o bejucos para encadenar al dichoso pastor. Luzaide se despertó en lo alto del Auñemendi, en una gruta en que los brazos de su amante entusiasmada le oprimían aún, ficción que está recordando el palacio fantástico de Armida y la historia de sus amores.

Más de cien cursos de agua nacen en los Pirineos occidentales y atraviesan las regiones vascas siguiendo mil contorneos y sinuosidades de los valles para echarse en el Ebro, el Adur o el Odano. Son innumerable los torrentes que acuden a engrosarlos en su curso

precipitado; sus aguas son bellas y de una extremada limpidez; pues las peñas de donde brotan en abundancia se encuentran al abrigo de los derrumbamientos que hacen tan fangosas las neveras de los Alpes. El pescado de nuestras rías adquiere en sus aguas sutiles una carne firme y gusto delicado que le hacen predilecto de los aficionados (22).

.....  
 Séame permitido citar la cosmogonía de los Vascos y rasgar el velo misterioso que esconde el sentido real y positivo de sus fábulas poéticas:

*Leheren* Suge dormía enroscado en sí mismo dentro del lago interior, estanque de fuego; su respiración profunda hacía mugir a los ecos del Infierno (lugares inferiores); el huevo-mundo que le sirve de cubierta parecía dispuesto a romperse ante los movimientos convulsivos que agitaban al monstruo durante su letargo. Al fin el ángel del IA0 dejó caer en el Océano la sexagésima gota de agua de su clepsidra, que marca los Tiempos, proclamó el fin y la consumación de los siglos y sonó las siete trompetas de bronce. A esta señal *Leheren*, el Gran Obrero de Dios, se despierta sobresaltado en sus cavernas abriendo siete fauces de donde brotan los volcanes; en diez días consume y devora la antigua tierra, y con su larga cola, más diestra que la del castor, amasa la tierra nueva en las aguas del Diluvio; después de terminada su obra, el dragón, semejante al gusano sedoso que edifica su prisión, se enrosca de nuevo sobre sí mismo y vuelve a dormirse mecido noche y día por cuatro genios en espera del despertar de los siglos y de la aurora del nuevo *Tiempo*.

No obstante, multitud de hombres y mujeres asustados por la catástrofe, se habían refugiado sobre las montañas y fueron cambiados en piedras. Esta metamorfosis duró diez siglos, tras los cuales fueron devueltos a su forma primitiva por el canto divino de un pájaro luminoso. Su posteridad volvió a poblar durante la primera edad Africa, España, Italia y las Galias, dispersó sus colonias en Oriente hasta Persia, que recibió de ellas su nombre primitivo de Irán. Los patriarcas occidentales se llamaban Euskarianos; la historia de los Bárbaros les designa bajo la denominación de raza del Sol y del *Cordero* y reconocen por su antecesor al sublime Aitor, el primer nacido de los *Videntes*.

---

(22) Suprimimos unas páginas destinadas a dar cuenta de las teorías de los geognostas Palassou y Charpentier acerca de la formación de los valles y de los montes, etc. (N. del T.).

Mucho antes de la formación del pueblo judío y de la vergonzosa servidumbre que debía hacer expiar duramente a ese montón de esclavos fugitivos sus pretensiones a la nacionalidad, el sobrenombre de Pueblo de Dios se aplicaba originariamente a los únicos patriarcas del Mediodía, recordando el teísmo que profesaban los Euskarianos antiguos, ajeno a símbolos, sacrificios, oraciones y culto. . . . .

El lenguaje astronómico de los Euskaros refleja poéticamente los sencillos y agrestes usos de este pueblo pastor. El título de hijos del *Cordero*, con que la historia les designa, se explica por la palabra *Chourien*, común en los dialectos de la India, Persia e Iberia española para designar ora un cordero o el sol, Cordero celeste que pasa cada año triunfalmente por los doce rediles zodiacales del firmamento. Los Indios llaman *Argi* aún al sol, palabra sabia que los vascos peninsulares emplean para designar la luz, mientras aplican al astro que es manantial de toda luz *Egi*, denotando, en sentido moral, civilización y verdad. Por alusión a la armonía natural realizada en el desenvolvimiento de su sociedad, . . . . .

los Euskarianos, pueblo del IAO, nacidos durante la primera edad bajo brillante cielo del Mediodía, se llamaron con razón Hijos de la Luz y del Cordero.

Los euskarianos se establecieron en España veinte siglos antes de la irrupción de los Celtas o Tártaros, franquearon el estrecho de Hércules sobre ligeras canoas descritas por Estrabón, que dirigían a fuerza de remos con destreza y rapidez asombrosas, y sin temer emprender largos viajes. Ya no se pueden poner en duda las relaciones comerciales que los Indo-Africanos conservaban en aquella época con los Americanos del Sur, interrumpidas por la invasión de los Celtas; pero el, recuerdo de América, pronto borrado en el espíritu de los Bárbaros, se conservó entre los Vascos pirenaicos originando las expediciones marítimas en la Edad Media. Se les debe la conquista de las Canarias en 1393 por los Guipuzcoanos. Algunos historiadores hasta aseguran que uno de nuestros excelentes marinos llamado Juan Vizcaino reveló el primero la existencia de América a Cristóbal Colón; por lo menos es seguro que acompañó a este célebre navegante.



Los Euskarianos desembarcaron en las costas de Andalucía y una de sus tribus se extendió a lo largo del Río Tinto de los modernos Españoles, que se derrama entre el Guadiana y el Guadalquivir. Las aguas de este río son de cierto color blanquecino y poseen una propiedad corrosiva que deseca el verde y convierte en áridas las orillas. Los Euskarianos le dieron el nombre de *Ib-er* (Río ardiendo), que Plinio tradujo por *Urium*. Tal nombre de *Ib-er* fué aplicado después con la misma exactitud al gran río de los Pirineos: y la historia no tardó en adoptarlo para designar la España y sus habitantes primitivos. La mayoría de las provincias federales de la Iberia recibieron el nombre de su villa principal: *Luzeta* (Villalonga o larga), *Lobeta* (Villa del Sol), *Otheta* (Villa de las Retamas), etc., de donde provienen Lusitania, Lobetania, Othetania, Karpetania, Oretania, Cerretania, Bastetania (1). Esas provincias conservaron sus nombres durante la Edad Antigua, después de la invasión de los Celtas y del establecimiento de los Fenicios, Griegos, Cartagineses y Romanos; la península, por el contrario, perdió el suyo recibiendo en cambio el de Hispania, cuyo origen se desconoce.

La alta Bética, regada por el Anas, había sido llamada en euskaro *Beturia* (*beti*, siempre; *ur*, agua), alusión a los ríos que fertilizan el Eliseo español. Varios nombres de pueblos, tales como *Urza*, *Urgoa*, *Ilurgi*, *Anastorgi*, *Ifaztorgi*, *Iriturgi*, *Iturriazko*, *Urbiaka*, *Urbion*, expresan la abundancia de aguas; y la posición geográfica de aquellas antiguas ciudades euskarianas concuerda con sus nombres significativos. Las mismas denominaciones, repetidas de distancia en distancia hacia el norte de la Península, indican bastante bien la marcha de las tribus ibéricas. *Salduba* (Villa del Caballo), que fué la Cartago de los *Betikoans*, fué transportada a orillas del Ebro por un enjambre de emigrantes y los Romanos dieron a esa colonia el nombre de Cesarea-Augusta, de que la lengua romance hizo Zaragoza. *Iriturgi* (Fuente-Villa) e *Iriberry* (Villa Nueva), grandes poblados de la Bética, se hallan en la extremidad opuesta de España, donde esta última recibió el nombre de *Choko-Illiberry* (Villanueva del Golfo, o Sinus); dominaba la costa sobre la cual los Griegos-Focenses, fundadores de Marsella, edificaron más tarde Rosas y Emporia.

---

(1) Inútil parece advertir que la REVISTA no se hace solidaria de las ideas de Chaho, ni de sus etimologías, muchas de las cuales son a todas luces inadmisibles. Reproducimos éste, como otros escritos antiguos, a título puramente documental. (Nota de la Redacción).

La invasión de los Godos, que devastó tan cruelmente nuestras comarcas meridionales, puede solo proporcionar una imagen de la grande migración de los Celtas o Tártaros. La invasión hiperbórea va siempre seguida de guerras seculares; trae con ella un sistema opresor que tiene como finalidad exterminar con el sable las poblaciones indígenas o anonadar, por medio de su fusión con la raza conquistadora, sus leyes, sus costumbres, su idioma y hasta el recuerdo de su nacionalidad. ¿Qué queda hoy del mundo romano destruido por los Godos?..... Poca cosa; nada dentro de algunos siglos. Si se reflexiona que las hordas célticas, retenidas en la infancia social y en su rusticidad nativa por las influencias de un clima tenebroso, precedieron de unos tres mil años a los nuevos Bárbaros, se comprende fácilmente que después de una edad y media de devastaciones de guerra y de derrumbamiento políticos, los vascos Pirenaicos, gracias a sus montes tutelares, hayan permanecido los únicos en Occidente libres de los choques terribles que desarraigaron a las tribus euskarianas del suelo fértil en que se habían pacíficamente multiplicado cuando el renacimiento del género humano.

Los Celtas, dueños de las Galias, hicieron su entrada en España por los Pirineos orientales y, costeando los mares, trazaron en su marcha conquistadora el vasto semicírculo que la Península describe desde *Soko Illiberris* hasta el cabo Finisterre, antiguo cabo céltico o de los Artabros. Las hordas bárbaras penetraron en las provincias del interior subiendo en dirección de los ríos, conductores naturales de sus movimientos estratégicos. Los Iberos aragoneses opusieron viva resistencia a los Tártaros: Diodoro de Sicilia cuenta que, como consecuencia de una lucha sangrienta, los dos pueblos concluyeron un tratado de paz y no tardaron en confundirse. La provincia habitada por esta población mixta recibió el nombre de Celtiberia, y los Euskaros puros dieron a su dialecto semítico el de *Erdarada*, que designa una lengua imperfecta y mezclada.

El paso de los celtas a lo largo del Mediterráneo parece haber sido rápido, hallándose sus establecimientos en menor número por ese lado que sobre la costa occidental, donde la terminación germánica *briga* sirve para hacer reconocer las villas ibéricas que recibieron el yugo de los conquistadores: *Arriko-briga*, *Zezenbriga*, *Miribriga*, *Lakobriga*, *Nerto-briga*, *Zeto-briga*, *Langobriga*, *Mandobriga*, *Larabriga*, *Monimbriga*, *Deobriga*, *Talabriga*, *Koteobriga*, *Zetiobriga*, *Nemetobriga*, *Botobriga*. La mayoría de los pueblos

abrieron sus puertas al vencedor y, temiendo irritar con una resistencia impotente la ferocidad natural de los Bárbaros, aceptaron sin murmurar su alianza y se confundieron con ellos. Entre las numerosas tribus que se entregaban exclusivamente a la vida nómada y que vivían bajo tiendas fuera del recinto de las ciudades, muchas fueron exterminadas; otras, que se hallaban en la proximidad de los mares, escaparon a la muerte expatriándose de la tierra natal. La tribu de los Siluros desembarcó en las costas del país de Gales, donde Tácito reconoció en ellos a descendientes de los Iberos; pero los Galo-Bretones, rechazados del interior de Inglaterra por los Pictos, los Jutos, los Sajones, los Daneses, los Normandos, destruyeron enteramente a esos montañeses hacia el quinto siglo de la era cristiana. Los Euskarianos, a los cuales Irlanda debe su nombre primitivo de *Ibernia*, sufrieron la misma suerte; los que fueron acogidos por la Sicilia, no pudieron mantenerse en cuerpo de pueblo, y un número considerable de esos fugitivos encontró en los montes de Córcega un asilo más seguro. El filósofo español Séneca escribía a su madre, desde el destierro, que los Corsos usaban la vestimenta cántabra y hablaban aún la lengua primitiva de España, alterada por la mezcla del griego y del ligurio. La más numerosa de las colonias ibéricas llegó hasta el Cáucaso y fundó el, floreciente imperio de la Iberia asiática, del cual *Argiri*, *Artanize* y *Afanize* fueron ciudades principales. El Ebro y el Araxes, cuyos nombres se conservan aún entre los Vascos pirenaicos, regaban el territorio de los Iberos orientales; Pompeyo sometió ese pueblo a su yugo.

El itinerario seguido por los Godos en su conquista de España, vuelve a trazar fielmente la marcha de los antiguos Celtas y, como sus predecesores, los nuevos bárbaros se apoderaron primero de la Celtiberia; los Vándalos Silinges, costeando el Mediterráneo, se echaron sobre la Bética; que obtuvo de ellos su nombre moderno de Andalucía; los Alanos se hicieron dueños de la Lusitania que se llama, además Portugal; los Suevos se establecieron en Asturias y Galicia. Pero, a la llegada de Los Godos, la España, viuda de sus poblaciones primitivas, no ofrecía sino una mezcla de antiguos Celtas, Fenicios, Cartagineses, Persas y Griegos, que los Romanos tenían sujetos a la misma cadena y que la misma servidumbre había confundido. El territorio de los Aborígenes euskarianos se limitaba en esta época a los valles de la Vasconia. Varrón le designa exclusivamente con el nombre de Iberia, asignándole por extensión la quinta parte de la Península. El docto romano comprendía sin duda

en esta delimitación las provincias celtíbericas recientemente desmembradas de la federación cantábrica, cuyo destino habían seguido, participando de su gloria hasta su sometimiento definitivo bajo el emperador Augusto.

Los Aborígenes, al establecerse en los Pirineos occidentales, quemaron las sombrías florestas que los cubrían: Posidonio, Diodoro de Sicilia y Estrabón hablan de ello, y no faltan a sus relatos circunstancias fabulosas, dignas del genio pueril de los Griegos. Estos autores cuenta que el ardor del incendio fundió los metales que los Pirineos guardaban en su seno, brotando el oro y la plata por mil grietas para derramarse en arroyos. La palabra Pyrene, de origen griego, recuerda, según se dice, ese gran incendio; según otros filólogos, designa el rayo que hiere tan frecuentemente las cimas escarpadas de las montañas; tal vez hace alusión al fuego creador y a la fábula de los Titanes.

El suelo virgen de las montañas desplegaba un lujo desordenado de vegetación parásita; los Pirineos conservaron durante mucho tiempo su aspecto salvaje y los productos monstruosos que la naturaleza bruta desarrolla en sus primeras creaciones. Los Vascos tuvieron que defenderse contra los ataques de enormes serpientes que salían periódicamente de las partes más húmedas y más profundas de los bosques. ¿A qué familia pertenecen aquellas hidras pirenaicas? ¿No se hallaría en otra edad geodésica el continente europeo situado bajo una zona más cálida, y el cambio de clima, consecuencia de cataclismos, no habría hecho perder a esos dragones su energía vivaz al mismo tiempo que les dejaba el tamaño y las proporciones de su especie? Las crónicas nos enseñan que en la Edad Media los Pirineos no se hallaban aún libres de esos terribles huéspedes y que los Caballeros de la Montaña empleaban en perseguirles y combatirlos los intervalos de reposo que les permitía la guerra contra los Moros. He contado ya la victoria de Gastón de Belsunce sobre el dragón de Irubi. Un hecho análogo se produjo durante el siglo xvi en el valle de Zuberoa, en que el escudero de la casa Zaro consiguió matar a uno de esos monstruos. El caballero prudente atrae al reptil fuera de su caverna por medio de un cordero vivo atado a la entrada para servir de cebo. Había dispuesto bajo el inocente animal una especie de máquina infernal que hizo explosión en el momento en que el dragón furioso se enroscaba en su presa. De Zaro, que había tenido el valor de prender fuego a la pólvora, huyó con la cara cubierta de la sangre y tierra que saltaron sobre él. La idea de que

era perseguido, junto al horror que sentía, precipitó su carrera. Había franqueado el umbral de su mansión y hallábase delante de su mujer cuando perdió la respiración y cayó muerto sin haber podido proferir palabra. No trato de garantizar de ningún modo la exactitud de estos detalles de los cuales algunos habrán sido desnaturalizados al pasar por la boca del pueblo; pero sería difícil colocar en el rango de fábulas hechos atestiguados por crónicas y relatados diariamente sin otro matiz maravilloso que la poesía de tradiciones populares.

Las habitaciones de los Vascos, desparramadas a lo largo de los ríos sobre los declives de las colinas y en las profundidades de los bosques; la riqueza de vegetación, la variedad de sitios, el aspecto pintoresco de montes cultivados hoy hasta sus cumbres; un aire de vida, libertad, placer animando a todos los paisajes, y la magia de recuerdos históricos, forman de los Pirineos occidentales un país de los más interesantes. Su clima es templado, pero muy variable; la vecindad del Océano comunica al aire una frescura agradable que el soplo ardiente del *Solano* o *Egoa*, viento del sudeste, reemplaza a la proximidad de los equinocios y de los solsticios. Los vientos este y nordeste se sienten raras veces y convierten el aire en más fresco y puro, haciendo brillar al firmamento con vivo resplandor durante las serenas y hermosas noches de otoño. El viento del sudoeste interrumpe la sequía del verano con violentas tormentas que trae en su ala; los picos de los Pirineos que le sirven de conductores eléctricos, concentran explosiones rápidas; el rayo estalla sobre peñas insensibles y hiere en lo desierto mientras el aguacero cálido y radiante fertiliza los valles; la tempestad ruge y se disipa en algunas horas, pero a veces es seguida de algunos días lluviosos. El otoño es casi siempre magnífico en los Pirineos; los inviernos, a veces muy rigurosos, no acrecen de hermosos días; las lluvias prolongadas solo reinan en primavera, estación que a veces termina con heladas tardías y punzantes y se ve turbada por tormentas precoces de que el invierno mismo no se ve exento. La naturaleza ha reunido en los Pirineos occidentales todas sus riquezas; multiplica sus oposiciones y sus contrastes mezclando a la vez estaciones y climas; la temperatura se halla expuesta a las transiciones más súbitas; a menudo, al declinar el más bello día, el horizonte se cubre con velo sombrío, la lluvia cae durante toda la noche y, al amanecer, el sol se alza resplandeciente en un cielo que ha vuelto a serenarse: imagen de la belleza, que brilla con nuevo lustre después de haber secado las lágrimas que la inundaran.

La vegetación de los Pirineos no es menos rica ni menos variada; describe el clima, con su movilidad, contrastes, colores fantásticos, mil matices, que tan pronto se funden armoniosamente como resurgen vivos resaltando por su oposición. Los accidentes bruscos del terreno y la diferencia de las exposiciones acercan a todas las especies, a todos los géneros; se ven crecer las plantas acuáticas junto a las alpinas y las que produce un suelo árido y calcinado: las saxifragas, la campanilla, el liquen o musgo, el aconito, las soberbias liliáceas, eléboros, valerianas, titimáneas, la genciana, la german-drina, eufrasia, el esquinanto, la tormentila, sensitiva, elemátide, el calamento, la pequeña salvia, el pan de cuchillo, la digital purpurada, la mandrágora, el árnica. La Flora de los Pirineos occidentales cita con distinción entre sus amantes más estudiosos e infatigables a Tourneford, Palassou, Picot de Lapeyrouse y Ramond.

La clase de mamíferos que disputan al hombre la residencia y posesión de nuestras montañas es muy numerosa. Sin contar el lince, que ha llegado a ser raro, y la marta que se esconde en el fondo de los bosques, se encuentran la ardilla (*urchainch*, come-avellanas), la comadreja (*andereiger*, linda-señorita), el erizo (*sagarroi*, come-manzanas), el tejón (*arzku*; el «*ursus meles*» de Lineo), la liebre (*erbi*, doble-labio), la nutria (*uain*), el lobo y zorro, huéspedes libertinos y destructores que merodean aunque sus cabezas estén puestas a precio. La caza del jabalí (*basurde*, cerdo salvaje) compensa al Vasco de los perjuicios que este animal ocasiona en las plantaciones de maíz. La familia preciosa de los rumiantes provee el ciervo (*orkatz*), gamo (*orein*), corzo (*basaaitz*), la cabra montés con sus grandes cuernos nudosos plegados hacia atrás; la gamuza, bonito animal cuyo pequeño cuerno derecho termina en gancho puntiagudo, con el labio superior ligeramente partido y sin lagrimal como los ciervos y los antílopes, de conformación que se acerca a la de la cabra. En ausencia de más formidables cuadrúpedos, el oso (*artz*) es el rey de nuestros bosques y de nuestras alturas solitarias; el oso negro frugívoro es más común que el pardo carnívoros; uno y otro no se muestran durante el día sino en la bella estación; el primero se alimenta de moras, uvas salvajes y fresas perfumadas que tapizan hasta el fin del otoño las peñas expuestas al mediodía, pero su regalo más goloso consiste en una miel rústica que se desliza como en arroyuelos a lo largo de las hendiduras de ciertas rocas piramidales en que las repúblicas de abejas se establecieron secularmente por millares de enjambres sin temor a que jamás la mano del hombre llegara

a arrebatarse de su patria inaccesible los tesoros de sus colmenas repletas.

La gran águila pardo leonada es la más notable de las aves sedentarias de nuestros Pirineos; vive solitaria y taciturna, tan distinta de la pequeña águila chillona de plumaje gris de hierro, pintada de blanco y negro. El nombre del rey de los pájaros (*arrano*) indica en euskera su costumbre de encaramarse sobre las peñas más enhietas y salvajes para establecer allá su nido y reinar soberano. Todos los pájaros huyen de los sitios que frecuenta el águila; únicamente la alondra, más atolondrada o más confiada, se muestra durante el verano para ir a picotear sobre el césped incoloro la tierra fresca que una variedad de topos salvajes echa al construir sus galerías hacia la proximidad de los ventisqueros. Hago notar que el euskera designa la yedra y el buho con la palabra *untz*, sin duda porque la yedra se ata a los viejos troncos de los árboles y a los escombros que habita el enemigo del día. La misma expresión caracteriza entre los Vascos al hombre estúpido cuyo espíritu se halla sumido en las tinieblas, por alusión al ave nocturna que jamás ve el sol y cuya luz le cegaría. Los Griegos y Romanos hicieron, al contrario, del buho consagrado a Minerva el símbolo de la prudencia y de la razón, y es que los Griegos y los Romanos, hijos de la Noche, eran tribus célticas. Los Euskarianos, raza meridional y solar, comprendían de otro modo que los Bárbaros las claridades de la inteligencia y la vida luminosa de la creación. ¡Así se encuentra hasta en los más pequeños detalles del lenguaje el genio particular de las dos grandes razas humanas y el carácter esencial de los dos verbos que se disputan de edad en edad el mundo social!

Los Pirineos, situados entre el Mediterráneo y el Océano, son punto de descanso natural para las tribus de pájaros viajeros que dirigen sus emigraciones anuales tanto hacia el norte como al sur. La cadena occidental, menos elevada y menos árida, atrae preferentemente a esos huéspedes pasajeros que la diversidad de su instinto, canto y plumaje hacen tan interesantes a la observación. Las cacerías a que los montañeses se libran con ardor, proveen de un rasgo más a las magníficas escenas que el amigo de la naturaleza no puede cansarse en admirar. Desde la primavera golondrinas de mar remontan nuestros ríos recorriéndolos con ala rápida, seguidas por gaviotas y otras aves marinas cuyos nidos reposan en arrecifes del Océano; pronto se presenta la abubilla en las puntas de los brezos que comienzan a verdear, y canta erizando las plumas

de su bonita cresta; el cuclillo se adelanta en los bosques al nacimiento de las hojas y hace oír las dos notas de su monótono cuplé repetido por los niños de la aldea y por el eco. Llega, el estío y, de regreso, el brillante verderón desafía a los mirlos con silbidos joviales y cadenciosos; la naturaleza despierta, y se anima; los bosques se han repuesto de su verdura y la gran voz de los Pirineos, elevando sus armonías, proclama la estación del amor. Los buitres, desterrados en invierno, entran en muchedumbre a las montañas; el barbado toma un vigor poderoso con sus alas anchas cuya envergadura sobrepasa aún la de la gran águila; el buitre pirenaico, de cabeza calva, desciende a lo profundo de los barrancos y planea sobre las aguas. Con el otoño llegan los picofinos, los papafigos, el estornino, los tordos, las codornices, en tanto que sobre la retama dorada y los Chaparrales amarillentos el ruiseñor, los jilgueros, pardillos y todas las familias de pájaros cantores vuelan por bandadas numerosas, se llaman vivamente reuniéndose para redoblar en coro estribillos de adiós en pos de otra primavera y de otros amores en la lejanía.

La paloma oceánica, la torcaz azul que desempeña tan gran papel en la cosmogonía ibérica, llegan a los Pirineos en septiembre. Los naturalistas consideran esta hermosa ave como el tronco de los pichones domésticos; nada iguala la rapidez de su vuelo ruidoso y es imposible hacerse idea del estrépito que acompaña a esos pájaros cuando caen por millares en los grandes bosques de hayas; huéspedes inofensivos convertidos en símbolo de la inocencia y de la dulzura. Viven de bellota y su carne provee entonces un manjar delicado; por lo que los cazadores, les preparan mil muertes. La caza más divertida se hace con grandes redes tendidas a la extremidad de una cañada. La elección del lugar y la habilidad de los cazadores concurren a convertirla en de más o menos éxito, siendo su producto bastante lucrativo para hacer de cada red de tirada una propiedad importante y lucrativa. El gavián y el aguilucho son las únicas aves de rapiña que la torcaz debe temer, pues la rapidez de su vuelo la pone al abrigo de todas las demás. El gavián se lanza de tierra perpendicularmente y se vuelve de espaldas para coger a su víctima a quien hiere con su pico, cortante y su pecho óseo; pero las torcaces, conocedoras por instinto, evitan su alcance derribando súbitamente el vuelo. La idea de la caza en redes esta fundada en esta observación. Los cazadores se apostan sobre las colinas en un radio de media legua al alcance de las redes, armados de raquetas blancas cuya



forma imita a un gavián. Sus ojos penetrantes no se quitan del horizonte en que vapores perceptibles le hacen reconocer cada bandada de torcaces hasta veinte minutos antes de acercarse. Se avisan mutuamente con gritos y señales y lanzan sus raquetas con tanta inteligencia y oportunidad que rara vez evitan que las torcaces tomen la dirección fatal. El instante solemne de su triunfo es aquel en que las tímidas aves, apretándose en columnas con vuelo atolondrado que las precipita al terror, hincan el pico en las redes que caen para envolverlas. Todas las palomas cogidas vivas se venden para guarnecer la mesa del Vasco durante el invierno; las que se sirven en otoño fueron muertas a tiros y, según se dice, son hasta mejores. Para atraerlas se utilizan cebos vivientes a los cuales se les ha privado de ojos. Los Vascos, pueblo noble e hidalgo, cazaban aún en tiempo de Enrique IV las torcaces con aguiluchos, así como toda especie de caza con halcón (*autore*). El perfeccionamiento de las armas de fuego ha hecho abandonar esta distracción prohibida en toda Francia bajo pena de muerte y reservada a los placeres de la nobleza y de los reyes bajo el régimen de los Bárbaros.

La llegada de las aves viajeras a una comarca se determina por la madurez de los frutos de que cada especie se alimenta. Unas vienen a los Pirineos al principio de las cosechas; otras en la estación de las vendimias. Las grullas (*kurloo*) forman la retaguardia de la emigración, pero dirigiendo su vuelo sobre las regiones que el águila frecuenta en verano, esas aves pasan sin detenerse a menos que el mal tiempo y las nieblas no molesten a su línea de batalla obligándola a descender. La garza, cerceta, pato salvaje, ganso salvaje, avutarda y cigüeña residen en los Pirineos durante parte del invierno. Existe un ave viajera más famosa y rara: es el cisne salvaje, distinguido por su pequeñez del cisne doméstico y cuya conformación singular la clasifica entre las aves canoras. Las observaciones hechas por Mongez en Chantilly no permiten dudar más acerca de que fueron verídicos los antiguos en la tradición del cisne que canta. Picot de Lapeyrouse ha disecado algunos. No aparecen en los Pirineos sino de siglo en siglo durante los inviernos más rigurosos;

La imaginación de los Vascos, ayudada por la reminiscencia confusa de los países que los primeros Euskarianos habitaron, no ha dejado de poblar los Pirineos de seres misteriosos y abigarrados que sirven de lazo supersticioso entre la creación material y visible y el mundo fantástico de larvas y espíritus. El más popular de esos mitos pirenaicos es el Señor Salvaje (*Baso-Jaun*), especie de mons-

truo con figura humana, que el Vasco coloca en el fondo de los negros abismos o en las profundidades de los bosques. La talla del *Baso-Jaun* es alta, su fuerza prodigiosa; todo su cuerpo está cubierto de un largo pelo liso que semeja una cabellera; marcha de pie como el hombre, bastón en mano, y sobrepasa a los ciervos en agilidad. El viajero que precipita su marcha por la cañada, o el pastor que conduce su rebaño ante la proximidad de la tormenta, se oye llamar por su nombre repetido de loma en loma: es el *Baso-Jaun*. ¿Alaridos extraños vienen a mezclarse con el murmullo de los vientos, con el quejido sordo de los bosques a los primeros atisbos del rayo?: es también el *Baso-Jaun*. ¿Un negro fantasma iluminado por rápido relámpago se yergue en medio de los abetos o se agacha en el hueco de algún carcomido tronco de árbol, separando sus largas guedejas a través las cuales brillan unos ojos centelleantes?: el *Baso-Jaun*. ¿La marcha de un ser invisible se escucha detrás de uno acompañando su paso cadencioso al ruido de los de este?: es siempre el *Baso-Jaun*.

El Vasco cuenta en el rincón del fuego el encuentro que tuvo con el Señor-Salvaje cuando era joven y llevaba la existencia de los pastores: refiere la hora y el sitio, describe el paisaje y no vacila en declarar su terror, de que vivamente participa el auditorio infantil que atiende al relato del abuelo con la mayor curiosidad. Era una noche oscura, noche fría de invierno; los vientos silbaban a través de las ramas de los árboles; la niebla había descendido, la nieve caía blanca y helada; el pastor, que regresaba de la alta montaña, caminó solo hasta media noche. Se vió obligado a detenerse en el bosque, pues el espesor de la niebla le escondía su ruta. Se para; un tronco de árbol cortado a la altura del ramaje se alzaba ante él, blanco de nieve. El montañés distraído le dió maquinalmente un golpe con su palo y, repentinamente, el tronco, inanimado al parecer, dió un salto terrible dejando caer como un velo la nieve que le cubría, para aparecer ante el pastor, inmóvil de terror, el *Baso-Jaun* rugiendo como un león, ojo avizor y con la crin erizada..... El narrador de junto al fuego cuenta este extraño incidente con un tono de verdad persuasiva y deja creer que él es el héroe de la aventura. Heredó el relato de su padre, quien a su vez lo recibió de su abuelo. Se podría así remontar doscientas generaciones, hasta el tiempo de la estada de los Euskarianos en Africa, porque el *Baso-Jaun* de los Vascos es sencillamente el Orangután que proveyó a los antiguos Egipcios y Griegos la fábula de los Silvanios y de los Sátiros.

Este nombre de *Baso-Jaun*, dado al Orangután por los Euskarianos, expresa con una especie de ingenuidad el asombro mezclado de terror que se apoderó del Aborigen a la vista de un animal tan parecido al hombre. Aún en nuestros días los negros de la costa se imaginan que el mutismo de los grandes monos es astucia de su parte a fin de sustraerse a la tiranía de los blancos y a los penibles trabajos de la esclavitud. El Euskaro, mejor observador, no tardó en reconocer en el Orangután a un sér desprovisto de razón, privado de palabra e inferior al hombre social con toda la distancia que separa a la reflexión inteligente del ciego instinto. Consagró este descubrimiento por la fábula del Herrero y el *Baso-Jaun*, cuya forma pueril (23) oculta esta moralidad filosófica: el Señor-Salvaje es un bruto, un animal, un simio; y el hombre, un hombre, el ser excelente, inteligente, *Guizon*, *Gu-iz-on*, nosotros-ser-excelente, perfecto.

No se deben rechazar indistintamente como apócrifos o fabulosos los relatos de los Vascos acerca de apariciones del hombre de los bosques en los Pirineos occidentales. Se encuentran en estas montañas verdaderos salvajes y su existencia, por inexplicable qué sea, no está menos confirmada. Obreros que trabajaban en 1790 en el bosque de Iraty observaron en varias ocasiones a dos de esos individuos. Le Roy, que dirigía los trabajos, cuenta un hecho interesante en una de sus memorias científicas: Uno de los salvajes, joven mujer de largos cabellos negros, completamente desnuda, era notable por sus formas elegantes, por sus rasgos regulares y bellos, a pesar de la extrema palidez de su cara. Se había acercado a los trabajadores y les miraba aserrar los árboles con aire que testimoniaba más curiosidad que temor, y las palabras que se dirigían los obreros excitaban visiblemente su atención. Animada por el éxito de su primera visita, volvió al día siguiente a la misma hora. Los obreros se habían formado el propósito de hacerla prisionera. si era posible conseguirlo sin hacerla daño, y uno de ellos se acercó a ella arrastrándose mientras otro de sus camaradas hablaba alto gesticulando con viveza para cautivar la atención de la joven salvaje; pero en el momento en que el leñador tendía su brazo para cogerla de una pierna, un grito de alarma salió del bosque vecino advirtiendo a la muchacha de la naturaleza del cepo que se la tendía.

---

(23) El Herrero pincha la nariz del Señor-Salvaje con tenazas enrojecidas al fuego (Nota del Autor).

Dió un salto de asombrosa agilidad y huyó hacia la selva con la rapidez del relámpago. No volvió más, y se ignora la suerte de la pareja salvaje.

La gruta de Balzola, en Vizcaya, tiene la reputación de alimentar en sus entrañas toda clase de monstruos. Hace algunos años los habitantes de una casa vecina oyeron durante varias noches alaridos prolongados que parecían provenir de voz de mujer. El buen humor malicioso, que anima en las provincias meridionales de Francia a los *Loups-Garous* y a los *Ganipotes* de aldea, no podía tener relación alguna con esos gritos nocturnos. Varios jóvenes llevaron a cabo una batida a favor de un claro de luna magnífico, y el primer objeto que percibieron a la entrada de la cueva fué un fantasma negro con figura humana, que se precipitó en la caverna repitiendo su alarido siniestro.

La palabra significativa de Balzola equivale a Fragua tenebrosa. Este vasto subterráneo, dividido en numerosos compartimentos y galerías parece haber sido alguna rica mina de hierro explotada por los antiguos, y se halla situada en la extremidad de una cañada salvaje en medio de la cual se eleva una roca pintoresca naturalmente tallada en arcada, llamada *Jentil-Zubi*, Puente de la Muerte (?). La entrada de la gruta, practicada en la roca viva, conduce a un vestíbulo espacioso y sombrío en que vienen a terminar todas las salidas del laberinto. Las aguas que la roca destila dan humedad al suelo, el cual se halla sembrado de huesos, de los cuales algunos son humanos; los aldeanos, están persuadidos de que pertenecen a personas devoradas por las serpientes. La bóveda del negro pórtico está tapizada de murciélagos aferrados por millares unos a otros, como las abejas que penden en racimos de las colmenas. Sus gritos y bordoneo de alas chocan al principio en el oído del viajero a su entrada en la caverna; pero, a medida que avanza, murmullos sordos y profundos, silbidos agudos, redobles lejanos se escuchan por todas las bocas del subterráneo. Por momentos diríase que son gemidos humanos que las vergas de las Furias arrancaban a sus víctimas; otras veces, ruidos fuertes y cadenciosos imitando el latido de una fragua y los pesados martillos de los cíclopes cayendo sobre el yunque de bronce. Hay días y estaciones en que esos ruidos formidables aumentan y se extienden al exterior; la imaginación de los aldeanos los interpreta de manera a acrecentar el terror que inspiran, pudiendo tener por causa la caída de torrentes interiores y compresiones del viento en las cavidades sonoras del subterráneo.

La gruta de Balzola no es la única del mismo género en las regiones vascas, sino que existen gran número de ellas que servían antiguamente de refugio a la población de los valles contra la invasión enemiga, y los guerreros de la montaña mismos, cuando la victoria había traicionado su valor, se encerraban a veces para volver a salir invencibles. La Baja Navarra o Benabarre posee unas de esas profundas cavidades, capaz de contener más de diez mil combatientes. Una colina disimula su abertura; la *Torre del Diablo*, que le sirve de coronación, contiene huesos humanos y cráneos; el color del cemento petrificado por los siglos atestigua que fué humedecido en sangre. Recuerdos trágicos se unen a estos monumentos terribles; algunos datan de la guerra de los Vascones contra los Romanos; los hay que remontan hasta las primeras luchas de los montañeses contra los Celtas.

El Vasco, desde su establecimiento en los Pirineos, no ha conservado de invariable más que la divina lengua y la libertad originaria de sus antecesores, habiéndose modificado su ser físico con la larga estadía en las montaña. Las influencias de otra tierra y de otro cielo han hecho perder al Euskaro el tinte moreno y la cabellera rizada que Tácito atribuye a los antiguos Iberos; su talla, primitivamente pequeña, ha aumentado hasta acercarse a la de los gigantes, hijos del norte. El alma euskariana ha sufrido en el curso de los siglos la metamorfosis de una encarnación nueva y, por decirlo así, local; pero este cambio, más exterior que esencial, no ha destruido las formas y las armonías características que hacen de esta raza uno de los más bellos tipos de la especie humana.

La defensa y el cultivo de sus valles ocupaban laboriosamente a los Vascos, priváronles pronto de la riqueza y del ocio que les hubiera sido indispensables para mantener la civilización literaria de los Iberos en el seno de su pequeña confederación guerrera. Los magos de la república solar (*Jaun-Aztiak*) no fueron ya en los Pirineos sino astrólogos ignorantes y brujos miserables que no por eso dejaron de conservar una reputación adquirida con justo título. Los Romanos, en tiempo de Séptimo-Severo, les comparaban todavía a los adivinos de Hungría y a las profetisas escandinavas, hijas sabias de la Voluspa. La poesía euskara, privada del auxilio de la escritura, no tuvo más eco que la improvisación inculta de los bardos y sus cantos fugitivos, olvidados en seguida. Los Vascos perdieron hasta la inteligencia de su lengua, y este oscurecimiento de la luz social favoreció el establecimiento del politeísmo en algunas villas

de la llanura y, por consiguiente, de la religión católica profesada hoy por la universalidad de los montañeses. El sol de los *Videntes* se apagó en su horizonte durante la era de sangre y tinieblas, y la influencia de un genio malo desató los lazos de la fraternidad primitiva, cambiando las condiciones del deber, aislando la abnegación y expatriando el amor.

Los Vascos no pudieron desprenderse de la preeminencia esencial que resulta de su origen y de una independencia hereditaria, y permanecieron superiores a todos los pueblos de raza céltica, por leyes, costumbres, usos que recibieron de la naturaleza, y por la alta prudencia que ella les inspiraba en los detalles de la vida práctica. Su establecimiento en los Pirineos fué una toma de posesión pronta y completa, como debía serlo la de un pueblo que treinta siglos de civilización ininterrumpida había armado de todas las condiciones necesarias para combatir y vencer a la naturaleza más rebelde. Los Vascos, al llegar a las montañas, eran agricultores consumados, y sus mujeres habían adquirido celebridad europea en el arte de fabricar telas, de tejer la lana y de variar los colores de los tejidos por el tinte y el bordado. Mientras los Galos y los Celtíberos formaban medio desnudos bajo las banderas de Anibal, los Cántabros echaban sobre sus espaldas elegantes y ricas capas, ostentando brillantes armas cuyo cincelado las daba mayor realce. El sable galo, de mal temple, se plegaba a la menor resistencia, se retorció al golpe; el Bárbaro se veía obligado a enderezarlo cada vez en la refriega exponiendo al furor del enemigo su cuerpo de gigante, desnudo hasta la cintura, sin otra defensa que un tatuaje abigarrado y jeroglíficos groseros. La espada cántabra, adoptada por los Romanos, era por el contrario de perfecto trabajo y de forma sabiamente calculada, no pudiendo el hierro más duro ponerse a prueba de su filo. Horacio ha elogiado el broquel redondo de los infantes vascones; su hacha de armas ofrecía en el bronce una fusión de metales de que la Edad Media perdió el secreto. Los Vascos son hoy el único pueblo del Occidente que reúne claramente y sin confundirlos los dos aspectos predominantes de la fisonomía general de la humanidad: la civilización primitiva de los patriarcas meridionales y el genio guerrero de los bárbaros hiperbóreos.

La irrupción de los Celtas en la Península Ibérica y el establecimiento de las tribus euskaras en el seno de los Pirineos occidentales iniciaron en los montañeses un duelo secular, convertido en más sombrío y más exaltado por una serie no interrumpida de guerras

con los pueblos dominadores de la Península y de las Galias: Celtas, Cartagineses, Romanos, Visigodos y Moros. No hablaré de las luchas más recientes que la loca presunción de la monarquía debía desatar vergonzosamente contra las libertades de los hijos de Aitor y la gloria de sus instituciones.

La invasión de los Bárbaros había sustituido en todo el mediodía la esclavitud a la libertad primitiva, la iniquidad de la guerra y de la conquista a la divina justicia, el código político de los tiranos al derecho de las naciones. El movimiento humanitario se efectuó además de norte a mediodía fuera de sus vías naturales de luz y de paz. La independencia de los Vascos no les impidió sentir el golpe de rechazo del derribo social que hizo perder al hombre su armonía y su ley en el estado de pueblo y de familia, y los montañeses se convirtieron en un pueblo soldado, siendo para ellos de necesidad imperiosa la adopción de algunas leyes copiadas de los Bárbaros, como condición de fuerza y resistencia.

Ya, bajo los Romanos, últimos representantes de la invasión céltica, la legislación de los Vascones había sufrido alteraciones, y la llegada de los Godos determinó su decadencia para hacer que las leyes marciales de los Bárbaros fueran votadas bajo el roble patriarcal en toda su brutalidad salvaje. ¡El código suletino encierra una singular tarifa. para golpes y heridas: tanto por un golpe de javalina, de hacha, de lanza, de pica, de daga o de puñal! La cuota de la multa variaba según la gravedad de las heridas, y jurados expertos estaban encargados de sondar su profundidad, medir sus dimensiones. Quien quisiera ver por curiosidad la marca de un sable vascón hundido hasta la empuñadura en un pecho de hombre, la hallará dibujada exactamente sobre una página del código suletino. Esas leyes góticas introdujeron entre los Vascos las venganzas de familia a familia, tales como se observaban en la época entre los montañeses escoceses, con las rivalidades. y enemistades feroces de los clans y de las tribus (24).

El desafío legal, el duelo, y el juicio de Dios, usados entre los Vascones de ambas vertientes durante la Edad Media, no fueron adoptados sino en el siglo décimoquinto por los Vascos propiamente dichos. La ley de Guernica transmite que el *Jaun*, o señor de la república, debía asistir al duelo sentándose al pie de un árbol. Los duelos

---

(24) Se refiere a las pendencias de los Parientes Mayores, que dieron motivo a nuestra novela corta titulada *El Caballero de Amezqueta*. («M. de A».).

por procuradores y campeones estaban sobre todo en uso en las refriegas de región y región. Un tratado antiguo concertado entre el vizconde de Bearn y la Junta de Zuberoa (Soule) determina que los Suletinos acusados de robo o muerte cometidos en territorio gascón tendrían la facultad de purgar la acusación por el duelo o por juramento que debía hacerse puesta la mano sobre el evangelio o sobre santas reliquias; pero preferían sostener su inocencia espada en mano. El tratado mencionado decide que *en lo futuro tales combates tendrán lugar en el territorio de Bearn, y que los Vascos no acudirán nunca más de cincuenta acompañando a sus campeones*; ¡tanto terror inspiraban a los Gascones el ardor indomable y la impetuosidad de nuestros montañeses! Estos detalles no parecerán insignificantes a los lectores que rebuscan en las costumbres y usos de un pueblo la traza de sus destinos históricos y de las influencias sociales que han modificado su carácter en la sucesión de los siglos.

Hay para las naciones un ambiente humanitario, como para el hombre un medio social, y el movimiento irresistible de un mismo torbellino arrastra a los individuos y a los pueblos. . . . .

. . . . . El hombre familiar vive en su tribu, nación, pueblo, como el pueblo vive en la humanidad, como el género humano vive en Dios, motor supremo, universal; y la creación reacciona en una escala descendente, del gran todo a los individuos, por círculos armónicos. Ciertamente, las fases humanitarias son generales, sea en bien, sea en mal, y se suceden por edades. La sociedad no tiene sino dos maneras de ser y es del Norte de donde la llegan siempre, con la invasión, tiranía, guerra y crimen, el babelismo del lenguaje y las tinieblas del espíritu.

El Vasco es el hombre del Mediodía, el patriarca ibérico revestido de la armadura del bárbaro desde las invasiones del Norte. El pacífico Aborigen, una vez que se vió recluso a los Pirineos occidentales, encaró sin miedo sus nuevos destinos adquiriendo en el más alto grado el instinto guerrero de sus opresores y, extremándose en todo, les sobrepasó en luz, nobleza y virtud. La necesidad, la desesperación y el derecho natural de la defensa le pusieron las armas en la mano, y la embriaguez de sangre desvió a veces su coraje; pero sus excesos mismos eran justicia y venganza, porque la agresión no procedía de él. Un poeta en quien respira entero el genio de Roma etrusca, de Roma conquistadora y soberana, Luciano



¿no dice que los Iberos pirenaicos habían llegado a ser el horror y el espanto del universo? ¡Con qué colores altivos el cantor de la guerra púnica, Silvio Itálico, traza el retrato de aquel Cántabro, hijo mayor de la Iberia, a quien ni el hambre ni la sed, ni los ardores del estío, ni las escarchas de los inviernos pudieron derribar, y para quien todos los trabajos y peligros se convertían en ocasiones de gloria! El valor salvaje de los Montañeses, expuesto a la admiración de los pueblos, vino a ser motivo de exageraciones y de fábulas. Se contaba en Roma que los guerreros de Cantabria cuando llegaban a la edad en que blanquean los cabellos y se debilita la mano, trepaban a las rocas enhiestas, entonaban al sol declinante su himno de muerte y se lanzaban a los precipicios para terminar una existencia ya insoportable desde que no podía consagrarse a la gloria de los combates.

Independientemente de estos rasgos sublimes que forman hoy su fisonomía nacional, el Vasco presenta gustos e instintos generales a todos los pueblos montañeses. Lleva hasta la idolatría el amor de su país natal, tanto más excesivo cuanto en general los objetos a los cuales se refiere se hallan más desheredados por la naturaleza. La residencia en estos montes tiene para él un atractivo a que nada iguala, encantos cuya magia, nada puede destruir. Los sudores que le costó su cultivo, la sangre con que los regó tantas veces, les hacen más caros a su corazón, y este sentimiento exaltado aumenta más por la pasión dominante de la libertad y de la nacionalidad. Para estudiar al pueblo vasco con fruto en las situaciones diversas de la vida social y para comprender bien el drama filosófico de su historia, no hay que perder jamás de vista los tres aspectos que presenta el resplandor de su fisonomía noble y poética: Aborigen de raza solar, soldado indomable, montañés civilizador y predestinado.

Los Vascos, exceptuados los habitantes de las costas del golfo de Vizcaya incluso Laburdi, que se entregan a la marina, constituyen un pueblo agrícola y pastor (2). El ganado constituye su principal riqueza, y se nota que en su idioma patriarcal la palabra *abe-ratsua*, designando al rico, significa poseedor de numerosos rebaños: Los Vascos no crían bueyes; las vacas tiran de las carretas en los valles y, las que se dejan vagar en gran número sobre los montes, son pequeñas, ágiles y casi salvajes; los caballos que hay son igualmente vivos y robustos, pero pequeños. La hermosa raza que los escuderos navarros mantenían con tanto esmero durante las guerras contra los Moros, se ha perdido ya, o poco menos.

Los años de paz que siguieron para los Vascos después de estas luchas gloriosas, trajeron su fruto. El cultivo, tan rico en las cuencas de los valles, ha continuado sus conquistas hasta las cimas más ásperas; cobra su tributo sobre los más pequeños trozos de terreno y las menores tiras de verdor que le disputan las peñas. Las rampas más excarpadas ofrecen campos cultivados, y sería imposible trazar los surcos por medio de la carreta. El instrumento de que los Montañeses se sirven para labrar, lleva el nombre de *laya*: es un gran tenedor de hierro con empuñadura de madera, cuyos dientes pueden tener diez y seis a diez y ocho pulgadas. de largo por tres o cuatro pulgadas de separación. Las mujeres y las mozas toman la misma parte que los hombres en este trabajo que se hace marchando hacia atrás, y la *laya* que manejan sus manos no es ni más pequeña ni menos pesada. Los trabajadores de todo sexo se colocan en filas con una *laya* en cada mano, acercándola de modo que queden los brazos con la fuerza y libertad necesarias; después, encorvados hasta los riñones, golpeando todos sobre la misma línea en cadencia, levantan y dan vuelta profundamente a un mismo terrón de tierra con la fatiga y esfuerzos de que es fácil hacerse idea. Este fuerte ejercicio contribuye a dar a los Vascos una anchura de pecho y de espalda que, unidos a la talla esbelta y a la agilidad proverbial del montañés, imprimen a su manera de andar, un carácter de majestad primitiva, de elasticidad y de vigor.

Es sobre todo al recorrer los valles pintorescos de Vizcaya y Guipúzcoa cuando el viajero percibe asombrado sobre las alturas aparentemente inaccesibles esas filas de trabajadores que se encorvan, se yerguen y vuelven a doblarse con movimiento fuerte y medido. No puede menos de reconocer en este aspecto al pueblo más laborioso del Occidente, maravillándose de que muchachas jóvenes de formas elegantes y a menudo quebradizas, puedan afrontar medio desnudas en este penible ejercicio la duración y el peso de todo un día. Al fin, cuando se esconde el sol, cesa el trabajo, las filas se deshacen y las *layas* son arrojadas a tierra. Al mismo instante, la; notas joviales de un silbo agudo y los redobles de un tambor se escuchan disipando con sus sonos mágicos la fatiga. Los grupos se animan en seguida; muchachas y mozos se dan las manos para ejecutar rondas ágiles sobre las plataformas de las peñas. A cantos de vírgenes se unen gritos claros de Montañeses, y frecuentemente la noche ha extendido sus sombras hasta los declives de los valles para que los danzarines desaparezcan en la oscuridad mientras el tam-

borcillo de hada y la flauta de gnomo envían a los ecos sus sonidos prestigiosos. Alguna observación de este género habrá dictado la frase espiritual de Voltaire cuando este poeta quiso pintar a los Vascos con un solo trazo llamándoles *un pequeño pueblo que brinca y baila en lo alto de los Pirineos*.

Los antiguos se entregaban con éxito a la explotación de las minas de hierro, supliendo la falta de máquinas hidráulicas con la acción del fuego. Plinio y Estrabón han descrito confusamente los procedimientos empleados por los Cántabros. Los Vascos modernos no se muestran ni menos asiduos ni menos hábiles en esta labor. (Las fábricas de anclas para navíos, de hierro fundido, de armas de fuego y de armas blancas, son las mejores de toda España, y estas últimas rivalizaban sin desventaja con las de Toledo y Córdoba, en tiempo de su mayor celebridad bajo los Moros). La región de Vizcaya sola posee más de ciento cuarenta fraguas y martinets que funcionan día y noche. La mina más rica que se encuentra es la de Somorrostro, la cual parece inagotable aunque se saca de ella por término medio cada año un millón de quintales de mineral. En las cañadas más abruptas en que no se descubre traza de cultivo y donde los rebaños se aventuran rara vez, en medio de bosques que deben proveer el carbón necesario para la explotación, los talleres de cíclopes ocupan los sitios más agrestes. Los animales salvajes, inquietados por el genio del hombre hasta en sus retiros más escondidos, apenas pueden ocultar su pavor, y los ruidos de los martinets de las fábricas se mezclan sin cesar con el rodar de cascadas, gritos de águilas y murmullos solemnes de las selvas.

Las costas de Vizcaya y de Guipúzcoa presentan otras escenas. He dicho que la cordillera de los Pirineos se separa bruscamente del golfo labortano y se dirige hacia Galicia atravesando la Cantabria: las montañas que se suceden del lado del Océano disminuyen de tamaño a medida que se van acercando a la orilla: el terreno se hace arenoso y descubierto para terminar en peñascales pintorescas contra los cuales el mar acude tan pronto a adormecerse riante y apacible, como a romperse con estruendo. Lequeitio, Bilbao, Deva, Guetaria, San Sebastián, Pasajes, son los puertos más considerables que marcan la línea de las costas. Los Vascos que las habitan son audaces navegantes, excelentes marinos y, en ocasiones, formidables corsarios. Si quisiera esbozar la actividad, elegiría por asunto del cuadro, los puertos vascos. Una circunstancia que sorprende a los viajeros es que las mujeres se ocupen de la carga y

descarga de los navíos. Se sentiría pena al verlas soportar fardos pesados si su porte ligero, sus diálogos espirituales y sus risas alocadas no anunciaran que el cansancio no puede abrumarlas. He visto a menudo dos muchachas de talla esbelta, las manos en jarras, sostener sobre sus cabezas el mismo fardo sin perder el equilibrio, y andar coquetamente de frente con paso ligero y cadencioso. La jornada termina con danzas. Los extranjeros no cesan de admirarlas y encuentran singular una vida tan sencilla. En todo país donde el hombre busca el peligro, la mujer se dedica alegremente al trabajo; y las Vascas se hallan familiarizadas con el uno y con el otro.

¡Ay!, los siglos pacíficos que siguieron a la expulsión de los Moros han terminado su curso en nuestras montañas. Los pueblos de Occidente se agitan, las convulsiones, revolucionarias se suceden con rapidez. ¡Los últimos días de, la tribulación han visto alzarse el sol de sangre, y las luchas por la libertad han empezado para los hijos de Aitor! ¿Cuál será tu destino, oh pueblo del *Agnus*? ¿La raza antigua del Sol deberá por maravillosa transfiguración elevarse a nuevo destino social, a una gran misión del futuro? ¿O la decisión fatal ha de pronunciarse contra la nación de los *Videntes*? ¿Esas últimas tribus tendrán ya que llevarse a la tumba las claridades agonizantes de las civilizaciones ibéricas y la santa imagen de la primitiva libertad? ¡No están tal vez lejanos los días en que los guerreros de los collados, diezmados por el sable de los Cagotes, irán vagabundos a sus peñas sin otro asilo que selvas sombrías y grutas subterráneas en que nuestros antepasados se refugiaron en tiempo de los bárbaros con sus armas sangrientas y sus banderas hechas girones!

(Continuará)